

y cuando tantos estados secundarios vivían bajo su influencia. En efecto, Inglaterra hizo ricas presas, á las cuales respondió Bonaparte mandando encarcelar á cuantos súbditos británicos se hallasen en la república ó

defender su país y mantener la seguridad de Europa, probarán solamente que las tendencias conciliadoras y pacíficas de Bonaparte han sido desconocidas á un tiempo y calumniadas en el palacio de Windsor y en los salones de Westminster. No pasemos adelante: no se trata aquí ni de un hombre, ni de algunos elogios, se trata de la paz del mundo.

Pero ¿ante qué tribunal deben llevarse tales cuestiones? Al de la Europa toda y al de la posteridad citará Francia á Inglaterra. ¿Qué causa mas importante que aquella en que de un lado están los beneficios de la paz, de otro las calamidades de la guerra; en que la violación de los tratados es alegada como derecho por pasiones vergonzosas, en que las partes contendientes serán dos grandes gobiernos, y el mundo entero tribunal? ¿De qué lado estará el espíritu de ambición, de engrandecimiento, de agresión y de predominio universal?

Francia poseía por el triunfo de sus armas, todos los países comprendidos entre el mar del Norte y el Adriático, y desde el Danubio hasta el canal de Mesina. ¿Qué ha hecho por la paz general? Ha devuelto la Batavia á sí misma; ha restituido á Suiza su independencia, con sus antiguas constituciones; ha cedido el país veneciano á la Austria; ha concedido indemnizaciones territoriales á los electores del cuerpo germánico; las islas venecianas regularizan la forma de su gobierno bajo la influencia de Rusia y de la Puerta; la Italia ve establecerse las repúblicas liguésa, italiana y liguriana; las tropas francesas, hallándose casi á las puertas de Viena, vuelven á la orilla izquierda del Rin; nuestras tropas salen de Portugal y le devuelven su independencia. ¡Ah! Si Francia hubiese tenido proyectos ambiciosos y miras de engrandecimiento, ¿no habría conservado la Italia toda entera bajo su influencia directa? ¿no habría extendido su dominación á Batavia, Suiza y Portugal? En vez de este engrandecimiento que le habría sido fácil, presenta una limitación de su territorio y de su poder; sufre la pérdida del inmenso territorio de Santo Domingo, así como de los tesoros y ejércitos destinados á la restauración de aquella colonia. . . . Hace todos los sacrificios posibles para obtener la continuación de la paz.

Inglaterra, por el contrario, se apodera enteramente de la opulenta isla de Ceilan y de toda la navegación del golfo de Bengala; adquiere la importante posesión de la Trinidad; procura por un tratado secreto con los mamelucos invadir el Egipto, dándoles armas y municiones; no evacua á Alejandría sino mucho tiempo después de haber espirado el término convenido, y solo porque le espantan los estragos de la peste. Viola el tratado de Amiens por conservar á Malta, por alejar á los corsarios berberiscos, por hacer el comercio esclusivo del Adriático, de Levante, de los Dardanelos y del mar Negro, y por impedir

en los países aliados: está ilegal y verdadera violación del derecho de gentes, fué ejecutada con estremado rigor, mientras que se lanzaban proclamas ampulosas contra la *pérfida Albion*. Entonces ésta se inflamó de ardor guerrero, y la salida de Nelson y de Sidney Smith, que llevaban la guerra á los franceses, fué celebrada como un triunfo. Bonaparte, en tanto, sin dejar de hacer grandes preparativos, invadió el territorio de Hannover, ocupó los puertos de Otranto, Tarento, Brindis, Ancona y Liorna, infundió temor á Nápoles y España, de cuya lealtad dudaba, y esparció el rumor de que proyectaba invadir á la isla enemiga, y á decir verdad, Bonaparte había conocido que Inglaterra era invencible en el mar como él lo era en el continente, y por lo tanto quería reducir la guerra á campañas y desembarcar un grueso ejército en las islas británicas, que unido á los descontentos y á los irlandeses, humillara el orgullo inglés. Esta idea se popularizó tanto en Francia, que todos á porfía ofrecieron subsidios, navios capaces de trasladar en seis horas ciento cincuenta mil hombres de infantería y de diez á quince mil caballos, como se había practicado en tiempo de Guillermo el Normando, completándose

á todas las naciones la navegación del Mediterráneo; reúne todos sus esfuerzos para hacer que se pierda para Francia la isla de Santo Domingo, y para impedir que nos aprovechemos de la Luisiana; excita disensiones en los cantones suizos, y les da municiones y armas para que se terminen; envía escuadras á los mares del Norte delante del Texel y del Meusa, amenazando invadir á Batavia; codicia la Sicilia, reclama la isla de Lampedusa y ocupa la Cerdeña. Ni las cuatro partes del mundo, ni golfos, ni cabos, ni estrechos, ni colonias opulentas pueden satisfacer su codicia política y comercial. Por fin se ha descubierto su avaricia y su ambición. La máscara cae; Inglaterra no señala mas que treinta y seis horas de duración á la paz. Ha especulado en la guerra repentina para apoderarse á la vez en el Océano de las riquezas que las colonias de España, Portugal y Batavia envían á sus respectivas metrópolis, así como de los buques de la república y de los del comercio apenas regenerado. Inglaterra, para satisfacer pasiones rencorosas y demasiado vivas, turba la paz del mundo, viola sin pudor los derechos de las naciones, huella los tratados mas solemnes y falsea la fe jurada, esa fe antigua, eterna, que hasta las hordas salvajes conocen y respetan religiosamente.

Un solo obstáculo la detiene en su marcha política y en su ambiciosa carrera, y es la Francia victoriosa, moderada y próspera, su gobierno enérgico é ilustrado, su jefe ilustre y magnánimo: estos son los objetos de su envidia delirante, de sus ataques reiterados, de su odio implacable, de sus intrigas diplomáticas, de sus conjuraciones marítimas y de sus declaraciones oficiales á su parlamento y á sus súbditos. Pero la Europa observa: Francia se arma; la historia escribe: ¡Roma humilló á Cartago!

el ejército con cien piezas de artillería. Las caricaturas inglesas escarnecían la nueva expedición francesa y la parodiaban, señalándola bajo la forma de cáscaras de nueces. Nelson se proponía bombardearla y conducirla cautiva al Támesis; pero cuando la atacó, encontró mas oposición de la que creía; y los franceses celebraron como una de sus mayores victorias la presa de un buque enemigo.

Habiéndose tomado, pues, con mucha sagacidad y con obstinación todas las medidas mas eficaces, y hecho todos los preparativos para formar aquel memorable campamento de Boulogne, se esperó por mucho tiempo que una espesa niebla ó un viento favorable, ó la aparición de una escuadra amiga, permitiesen efectuar el desembarco á pesar de los buques de los ingleses, los cuales no hacían mas que ridiculizar los trabajos y los navios de la expedición francesa. Pero Bonaparte, aunque se dedicaba infatigablemente á concluir los preparativos (1804), no habría debido nunca perder de vista las expediciones de Egipto y Santo Domingo, que podían haberlo persuadido del poco fruto de sus expediciones marítimas. Sabia por lo demas, que con barcas no se cogen navios de línea; y aunque nada creyese imposible después de haber hecho tantos milagros, conocía que pronto necesitaría aquel ejército en el Danubio ó en el Rin. Por lo que pensando mas detenidamente en su situación, colocó tropas en las gargantas del Valés, en Holanda, en Roma, en Nápoles, en el Varo, y buscó fondo en todas partes, sin que le detuvieran en su marcha los tratados ni la neutralidad.

Los jacobinos y los realistas, que se habían acercado entre sí, como suele suceder á los partidos extremos, cuando un partido fuerte se establece en medio de dos fracciones habían cobrado ánimo y esperanzas con las nuevas agitaciones. Los vendeanos mas atrevidos se habían refugiado en la Gran Bretaña, en donde Jorge Cadoudal, que quiso mas bien aceptar el destierro que el perdón del primer cónsul, conspiraba sin cesar con el conde Artois y con los duques de Berry y de Orleans. También estaban en Inglaterra Dumouriez, que había sido el primero á enseñar á la república á triunfar, y Pichegru, el vencedor de Holanda, fugado de Cayena en un frágil navío. Algunos pues, entre los muchos franceses que se habían allí refugiado, combinaron un plan para trasladarse á Paris, ponerse de acuerdo con los generales descontentos y sobre todo con Moreau, acometer en batalla formal á Bonaparte y á su guardia consular, asesinandole, presentar un Borbon á los franceses para que recobrase el trono sin el auxilio de armas extranjeras, como sucedió mas adelante, sino con su propia espada. Así se disfrazaba el asesinato con el nombre de trama, y la Inglaterra entre tanto pagaba para insurreccio-

nar la Vendée, como Bonaparte para sublevar la Irlanda.

Dirigía á la sazón la policía el Coronel Savary, uno de aquellos hombres que hacen consistir la verdadera moralidad en una ciega obediencia, por lo que decía: "Si Bonaparte me manda matar á mi padre, lo mataré." Savary, hacia encarcelar á los enemigos de la nueva monarquía en el Temple, tan memorable, por haber visto fenecer la monarquía antigua. Era después un sistema ordinario sacar alternativamente de aquella prision realistas y republicanos para mandarlos ante las comisiones militares, á fin de alimentar el terror. Habiendo tenido sospechas de la conspiración ya mencionada, le pareció aquella una ocasión muy oportuna para acabar con los enemigos de su señor, y particularmente con Moreau, republicano incorruptible, confundiendo de esta manera al vencedor de Hohenlinden con truanes, malvados y asesinos.

En efecto, Moreau fué preso como lo fueron también Pichegru y Cadoudal [Enero de 1804], los cuales por largo tiempo habían estado ocultos en Paris, no obstante el decreto feroz del primer cónsul que condenaba á pena capital á quien no se entregase. Quisiese entonces calificar la conspiración con los mas feos colores, comparándola á la tentativa de la máquina infernal preparada para matar al primer cónsul, y con este motivo se prorumpió en desaforadas declamaciones contra la *pérfida Albion* [1].

Bonaparte, que no ignoraba nada de lo que se decía sobre el particular en Paris y acerca de los comentarios que se hacían públicamente sobre la prision de Moreau, á quien se creía preso por la envidia que le tenía el primer cónsul, exclamó: "Paris ha hecho siempre la desgracia de Francia: ¡raza ligera y desagradecida! Todavía he de resolverme á buscar un Bisancio como hizo Constantino á la faz de la ingrata Roma." Entretanto, conociendo que sus muchos y repetidos triunfos no habían sido bastantes para borrar el sentimiento que se experimentaba aún por la causa vencida, hizo de modo que el senado suprimiera el jurado para los delitos políticos. Fué entonces cuando Pichegru se suicidó en la cárcel, y Cadoudal no quiso defenderse, diciendo: "¡A qué tantas farsas! Yo soy *chuan* y no es menester mas que fusilarme." Antes de su muerte exhortó á los bretones á que no renegasen á su patria.

Moreau, aunque no podía alegar victorias tan decisivas como las de Bonaparte, podía, sin embargo, gloriarse de haber ganado batallas mas difíciles. Adorado de sus guerreros jamás había pensado en derrocar al gobierno, ni en rebelarse; ni el héroe de la revolución tenía nada que ver con los realistas, en cuyo proceso se le envolvió; repetidos aplau-

[1] Juan Puidemonte, fué complicado en esta causa; pero se disculpó.

sos interrumpiendo la narracion en que noble y sosegadamente espuso los hechos mas notables de su vida; y los soldados lloraban al mirar al hijo de aquel valiente, niño aun de corta edad. Pero enviar absuelto á Moreau, era condenar implicitamente á Bonaparte, el cual, por lo demas deseaba humillarle con su perdon. En efecto, verificado el escrutinio de los votos, fué condenado á dos años de prision como un ratero.

Cadoudal y otros doce, fueron sentenciados á pena capital. Entonces toda la corte solicitó el perdon; todas las familias se arrojaron á los piés de Bonaparte, y hasta Murat y los soldados, acostumbrados á respetar en sus mismos enemigos al que se distinguiese como héroe. Pero nada pudo conseguirse, y Bonaparte solo perdonó á varios condes y marqueses. Desde la época del terror, no se habia vuelto á repetir el bárbaro espectáculo de doce cabezas cortadas en diez y siete minutos [25 de Junio de 1804].

Aquella conjuracion debia ser secundada por el desembarco de un Borbon en Bretaña, por lo cual, el primer cónsul, mando á Savary para que se apostase en aquel país; pero no se presentó ninguno. Luis Antonio de Borbon, duque de Enghien, se hallaba en el ducado de Baden con los emigrados, divirtiéndose en la caza, cuando Bonaparte, haciendo violar por sus satélites el territorio, se apoderó del aquel personaje por sorpresa, y le mandó trasladar á Vincennes, donde en la noche misma de su llegada lo hizo juzgar y pasar por las armas (21 de Marzo de 1804) [1].

(1) Uno de los hechos mas infames que la historia ha consignado en sus páginas eternas contra Napoleon, es el asesinato del duque de Enghien, cuyos pormenores no queremos pasar por alto, porque en un hecho histórico de tanta trascendencia, es menester no echar en olvido ninguna circunstancia.

El duque de Enghien de la familia de los Borbones, fué arrestado en el territorio de Baden, mientras que Francia disfrutaba completamente de la paz, y Napoleon se habia obligado en virtud de los tratados á respetar los países neutrales. Los comisionados del primer cónsul sorprendieron á aquel desventurado mientras se divertia cazando. Luego que le tuvieron en su poder, le colocaron en una silla de posta con dos gendarmes y le trasladaron á Francia, su tierra natal, pero para él desconocida, porque la habia abandonado en su niñez. Apenas llegado se le llevó al *donjon de Vincennes* para sacrificarle á la venganza de un enemigo contra cuya persona jamas habia atentado. El nieto del gran Condé es juzgado y declarado culpable por haberse mostrado en campo de batalla contra Francia, y teniéndose por reo convicto sin pruebas de ninguna especie, se le condenó á perder la vida. Aquella ilustre víctima solicita una entrevista con Bonaparte, no pudiendo creer que un capitán guerra asesinar á un soldado; [y aquí es de notar que Enghien naturalmente valiente era uno de

Fuó universal el horror que inspiró tan atroz asesinato; los amigos leales de la Francia regenerada, se entristecieron al ver que los gabinetes extranjeros tendrian ya con que contestar á las acriminaciones dirigidas contra su abominable política. Aquellos mismos que se gloriaban de haber tenido parte en el regicidio y en las muertes de Setiembre, rechazaban con indignacion lejos de sí aquella mancha. Los parientes de Bonaparte habian procurado hasta con lágrimas disuadirlo de aquel atentado que Fouché, con profunda inmoralidad dijo: "que era mas que un delito, pues era una falta." Bonaparte cometió aquel asesinato por temor de que se le culpase de debilidad; temor extraño, y que fué causa principal de casi todos sus delitos. Mientras se ejecutaba aquel acto de crueldad, se entretenia en jugar al ajedrez y en recitar los versos que en elogio de la clemencia, dicen el *Augusto* de Racine y la *Alcira* de Voltaire. Despues en su testamento, escribió: "Hice juzgar y prender al duque de Enghien, porque era necesario para la seguridad, para los intereses y el honor del pueblo francés, cuando el conde de Artois mantenia sesenta asesinos en Paris. Si otra vez me hallase en iguales circunstancias, haria lo mismo."

Por tanto, Bonaparte habia colocado el patíbulo entre su persona y la república, entre su persona y la antigua dinastía; lo cual indicaba que no seria un Robespierre ni un Monk (1). No le quedaba otro camino que

los sinceros y entusiastas admiradores de Napoleon]. Pero no pudo lograrlo. Sacado pues del subterráneo de Vincennes, en donde se le habia juzgado á la pálida luz de pocas antorchas encendidas, fué llevado á un foso, que se acababa de escavar espresamente; se le quitó el vestido, se le ató á un palo, y se le puso una linterna colgada del cuello para dirigirle con mas acierto los tiros al corazon. El duque pidió un confesor, pero á esta propuesta contestaron sus verdugos cargándole de vituperios; entonces, el héroe infeliz, manifestándose siempre valeroso, dijo: ¡Hola camaradas! vamos á la carga: pero una voz ronca le contestó con acento brutal: tú aquí no tienes camaradas, y luego sus verdugos acabaron con él. Este fué el fin desgraciado del duque de Enghien, que murió sin testigos y sin consuelos en su patria, muy cerca de Chantilly y de los viejos árboles, bajo cuya sombra San Luis administraba justicia á sus súbditos.

Enghien, jóven de arrogante figura, valeroso y último vástago del vencedor de Rocroy, murió con una serenidad digna del gran Condé, y como no morirá por cierto su asesino. Su cuerpo fué sepultado ocultamente. . . . pero ¡ay de mí! no renacerá un Bossuet para honrar con sus palabras esas cenizas.—CHATEAUBRIAND.

(Nota del traductor.)

[1] En aquel tiempo se pronagó un folleto titulado: *Paralelo entre César Cromwell, Monk y Bonaparte*, folleto que hizo gran ruido, aunque escrito con ligereza y ateniéndose solo á las semejanzas exteriores. En él se pintaba á Crom-

seguir sino el de declararse monarca; y es cierto que despues de haber descargado tales golpes el que se detiene se abisma. Cuando la opinion estaba mas conmovida con motivo de las causas formadas á consecuencia de la conspiracion, sus emisarios que recorrian por todas partes, propalaban que era necesario para la salvacion comun constituir un poder hereditario, diciendo que no debia permitirse de ninguna manera, que dependiese de la vida á cada paso amenazada de un hombre solo la suerte de Francia: Francisco de Neuchateau decia á Napoleon en el senado: "Habeis creado una nueva era y debéis hacer que sea perpétua: ¿qué es el esplendor sin la duracion? Ciudadano primer cónsul, el senado os habla á nombre de todos los ciudadanos: todos os admiran y aman, pero todos piensan con ansiedad qué seria de la nave del Estado, si tuviese la desgracia de perder el piloto antes de haberse fijado con ancoras irremovibles. Preguntad á todos los franceses y todos os dirán: *Grande hombre, completad la obra haciéndola inmortal como vuestra gloria; ya que nos habeis sacado del caos de lo pasado, hacednos bendecir los beneficios de lo presente y afianzadlos para el porvenir.* En las cortes extranjeras la sana política usaria el mismo lenguaje. El reposo de Francia es la prenda de la tranquilidad de Europa."

El título de rey disonaba en los oídos de los que habian jurado eterno odio á los monarcas, por lo cual se piensa en resucitar el nombre de emperador, mas á propósito para recordar la grandeza de Roma y la de Carlo-Magno. El tribunado como representante del pueblo lo propuso, el senado lo decretó y toda Francia aplaudió á Napoleon I, emperador de los franceses (18 de Mayo de 1804). [1].

well como un fanático, sanguinario y regicida, que devastó las universidades de Oxford y de Cambridge, que no venció sino en guerra civil, y que cuando mas podria ser comparado con Robespierre. Bonaparte por el contrario, segun el folleto, no habia participado de los delitos de la revolucion, sino que los habia cubierto de una gloria inmensa, aboliendo las fiestas del regicidio y los horrores del fanatismo revolucionario, abriendo de nuevo las escuelas, honrando las ciencias y las artes, y conquistando reinos enteros. Declarábase injurioso el compararlo con Monk, porque no se habria podido verificar una restauracion sin pasar por los horrores de un revolucion nueva. Por tanto, no se encontraba con quien compararle sino con César, gran guerrero y gran político; aunque éste á la cabeza de los demagogos postró la parte mas selecta de los ciudadanos y destruyó la república, mientras que Bonaparte elevó á los mejores y abatió á los malos.

(1) ADVENIMIENTO AL IMPERIO.

Subo al trono á donde me llama el voto unáni-

me del senado, del pueblo y del ejército, con el corazon penetrado del convencimiento de los grandes destinos de este pueblo, á quien yo el primero he saludado en los campos de batalla con el nombre de grande.

Desde mi adolescencia, mis pensamientos todos le han sido consagrados; y debo decirlo, hoy mis placeres y mis penas no los constituye mas que la dicha ó la desdicha de mi pueblo.

Mis descendientes conservarán por largo tiempo este trono, el primero del universo.

En los campos de batalla serán los primeros soldados del ejército, y sacrificarán su vida en defensa de su país.

Magistrados, no perderán jamas de vista que el desprecio de las leyes y la alteracion del orden social solo proceden de la debilidad é incertidumbre de los príncipes.

Senadores, cuyos consejos y apoyo no me han faltado jamas en las circunstancias mas difíciles, vuestro espíritu se transmitirá á vuestros sucesores: sed siempre los primeros sostenedores y consejeros de este trono, tan necesario para la felicidad de este imperio.

— NAPOLEON.

APERTURA DEL CUERPO LEGISLATIVO.

Señores diputados de los departamentos del cuerpo legislativo, señores tribunales y miembros de mi consejo de Estado, vengo á presidir la apertura de vuestras sesiones. Quiero imprimir á vuestras tareas un carácter mas imponente y augusto. Príncipes, magistrados, ciudadanos, soldados, á un solo objeto aspiramos todos en nuestra carrera, al bien de la patria. Si este trono, al que me han hecho ascender la Providencia y la voluntad de la nacion, tiene precio á mis ojos, es porque solo él puede defender y conservar los mas sagrados intereses del pueblo francés. Sin un gobierno fuerte y paternal, Francia tendria que temer la renovacion de los males que ha sufrido. La debilidad del poder supremo es la calamidad mas espantosa que puede sobrevenir á los pueblos. Soldado ó primer cónsul, no he tenido mas que un pensamiento; emperador no tengo otro, la prosperidad de Francia. He sido bastante feliz para ilustrarla con victorias, para consolidar su independencia con tratados, para librarla de las discordias civiles y preparar el renacimiento de las costumbres de la sociedad y de la religion. Si la muerte no me sorprende en medio de mis tareas, espero dejar á la posteridad un recuerdo, que sirva para siempre de ejemplo ó de reconvenccion á mis sucesores.

Mi ministro de lo interior os dará parte de la situación del imperio; los oradores de mi consejo de Estado os darán cuenta de las diferentes necesidades de la legislación. He mandado que se